

El tiempo de los jóvenes

Militancia política, cultural y social



En mayo de 1974, la Juventud Peronista Regional 8 encabezó el Operativo de Movilización Popular Eva Perón. Se trató de trabajos comunitarios en los barrios Zapiola y Ameghino.

Luján no estuvo ajeno a un clima de época caracterizado por propuestas que planteaban cambios sociales profundos a nivel político y cultural. Un repaso por los años previos al golpe de Estado.

En términos de militancia política, las décadas del 60 y 70 resultaron tiempos excepcionales en varios aspectos. Las aspiraciones de cambios profundos a nivel social –englobadas a través de diferentes términos según las condiciones de cada lugar donde se dieron procesos en ese sentido– hicieron nacer múltiples experiencias de compromiso y participación.

Argentina no estuvo ajena a ese clima de época. Las experiencias dictatoriales que se repitieron desde 1955 en adelante –con breves fachadas democráticas– parieron el surgimiento de múltiples instancias organizativas que dinamizaron al movimiento obrero y volcaron a la participación política a una juventud que contradijo la herencia de sus mayores. En ese contexto, la proscripción del peronismo como movimiento mayoritario del sentir popular otorgó al proceso nacional características particulares.

Por otra parte, a la lucha en la esfera política se sumaron propuestas que cuestionaban legados culturales y sociales de larga data. Por eso, la búsqueda de transformar la realidad se extendió a diferentes ámbitos de la vida social, como la cultura, el arte y la educación.

Analía Gómez es docente de la Universidad Nacional de Luján (UNLu) y años atrás formó parte de un proyecto de articulación entre esa casa de altos estudios y la Municipalidad enfocado en un trabajo de investigación sobre los años 70 en la ciudad y sus localidades. La docente refuerza el contexto general que caracterizó aquellas décadas: “En los años ’60, a nivel mundial, se observa la emergencia de los jóvenes como un actor social. Solemos centrar nuestra

mirada en la militancia política, pero también encontramos a los jóvenes en otros espacios, por ejemplo, espacios culturales. Hay un surgimiento del joven como actor social”.

Luján no estuvo exento de esos procesos, más allá de características particulares marcadas por la idiosincrasia de un pago chico que para muchos se destacaba por un acentuado conservadurismo en las relaciones sociales.

Gómez destaca que una muestra local de aquellos tiempos en los cuales la juventud avanzaba hacia un rol protagónico estuvo dada por el nacimiento de la Federación de Estudiantes de Luján (FEL), hacia mediados de 1972, como parte de un proceso estudiantil iniciado tiempos antes. El espacio aglutinaba a distintos centros de estudiantes de diferentes niveles (universitarios, secundarios y primarios) y entre sus objetivos generales aparecía la urgencia por debatir las características del Sistema Educativo Nacional, a partir de la autonomía y la democracia directa. Por eso se invitaba a todos los estudiantes a “tomar con seriedad el trabajo y discusión porque (la FEL) cree que todos estamos capacitados para averiguar qué nos pasa y, además, porque cree en los derechos políticos para todos los seres humanos”, según expresaba la FEL en una solicitada publicada en EL CIVISMO.

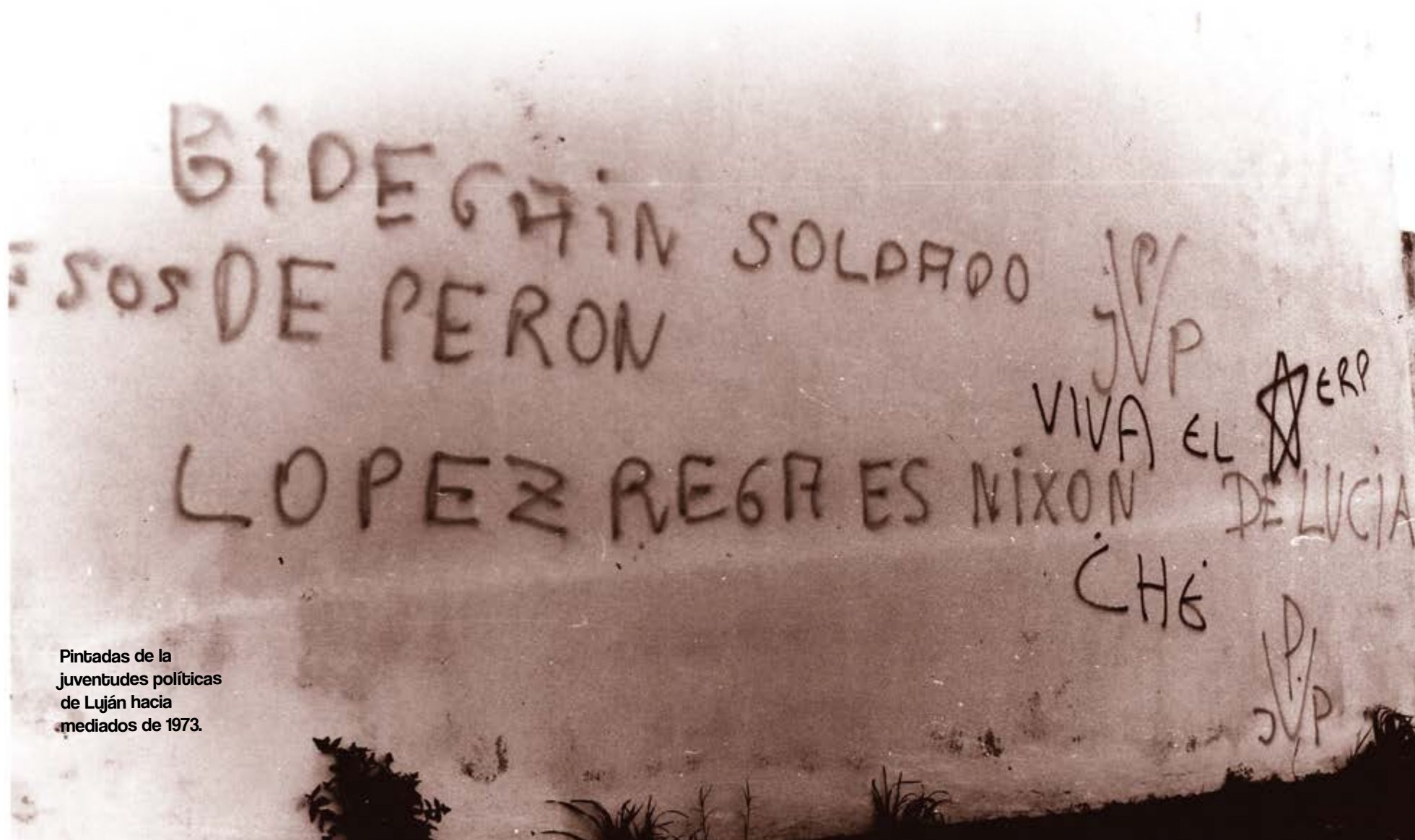
“En la asamblea constitutiva de FEL el 20 de julio de 1972 en el Centro Soriano, a la que asistieron sesenta estudiantes, se planteó la necesidad de una transformación en el Sistema Educativo Argentino para hallar un sistema más acorde con el proceso de liberación que vive nuestra república y América”, se agregaba en la solicitada mencionada.

La docente resalta que iniciativas

como esas implicaban “un cuestionamiento al sistema educativo, porque los jóvenes no encontraban el espacio donde poder debatir y organizarse”. Incluso algún que otro futuro militante de las organizaciones políticas que pronto emergieron en la ciudad fueron partícipes de aquel movimiento estudiantil.

No resulta casual que una vez concretado el golpe de Estado de 1976, la dictadura cívico-militar prestó especial atención a intervenir en el ámbito educativo. En Luján, lo hizo a través de charlas que los responsables del Regimiento 6 de Mercedes (dependencia militar a cargo de la represión en la denominada Área 115) brindaban ante educadores, padres y estudiantes, en las cuales la defensa de los valores de la (promocionada) civilización occidental y cristiana funcionaba como eje articulador. También se difundían mensajes donde se invitaba a los adultos a tutelar las actividades de los jóvenes para evitar que fueran arrastrados por “ideologías foráneas”.

Las primeras expresiones de la Juventud Peronista se manifestaron a comienzos de la década del 70. En los años siguientes, existieron varias tendencias, entre ellas la Juventud Peronista Luján y la Juventud Peronista Combativa.



Pintadas de la juventudes políticas de Luján hacia mediados de 1973.

JUVENTUDES POLÍTICAS

En muchos casos, esas inquietudes de cambio social se vehiculizaron a través de la militancia política. En ese sentido, uno de los principales espacios para sectores juveniles locales fue la Juventud Peronista, que desde 1970 comenzó a tener relevancia pública en Luján, a partir de procesos que en algunas ocasiones tuvieron correlato con los vaivenes políticos a nivel nacional, aunque en otros tomaron características propias del contexto vernáculo.

El núcleo fundacional estuvo integrado por militantes como David Vergara, Lorenzo Michelena y Carlos Casado. Gómez explica que aquel grupo desarrolló sus tareas políticas inicialmente en el barrio El Quinto, un vecindario con una fuerte impronta obrera. Se iniciaron, además, vínculos sindicales, entre ellos con el Sindicato de Telefónicos (FOETRA). Mientras se extendía el trabajo de base a barrios como Constantini y Los Gallitos, hacia dentro del espacio también se apuntalaba la formación a través de materiales como la revista *Cris-tianismo y Revolución*.

En cuanto al perfil militante de ese primer grupo de la JP, en la publicación *30 años de Lucha y Esperanza* (fruto de la mencionada articulación entre la Municipalidad y la UNLu), se especifica que los trabajos realizados tenían dos objetivos: “En primer lugar, asistir las necesidades más urgentes de los vecinos, por ejemplo, construcción de veredas, ayuda para las familias indigentes, apoyo escolar, etc. Por otra parte, era necesario formar ideológicamente a muchos jóvenes que se iban acercando a la JP. Para ello se realizaban lecturas colectivas o se transmitían películas que hacían posible el debate (tales como *Operación Masacre* y *La hora de los hornos*)”.

La JP acercó su apoyo a diferentes conflictos fabriles que se dieron en aquel inicio de década, como los casos de las metalúrgicas Inafor y Burco. Fue a raíz de la intervención en ese campo que se originó la fractura de la nueva organización, aunque en realidad la situación funcionó como un detonante de diferencias de concepciones políticas que convivían en la JP local. Al respecto, Gómez plantea que en marzo de 1972, ante una huelga nacional, los militantes debatieron adherir o no a esa medida de fuerza: “Surgieron así dos juventudes. Una más vinculada al Partido Justicialista, que fue encabezada por José Tineo y se llamó Juventud Peronista Luján, y la Juventud Peronista Combativa, que mantuvo un trabajo en el territorio y empezó a alinearse con la tendencia revolucionaria”.

A mediados de 1973, las diferencias entre ambos sectores eran claras. En una entrevista concedida a **EL CIVISMO**, los representantes de la Juventud Peronista Luján se referían al otro espacio, al que calificaban como “un grupo que tiene su base en Cuartel 5to. y están en la llamada ‘tendencia revolucionaria’ liderada por Galimberti”. A partir de una conceptualización que en los años siguientes se generalizó dentro de la derecha peronista, expresaban que “no le quitamos méritos a la JPC; suponemos que son peronistas –tal vez con algunas infiltraciones– y creemos que estarán convencidos de que lo que hacen está bien”.

La respuesta pública no tardó en llegar, también a través de las páginas de este bisemanario: “En la nota mencionada se alude a ‘infiltrados’ en nuestras filas. Creemos que en un movimiento NACIONAL y REVOLUCIONARIO sólo pueden ser infiltrados aquellos que dada su posición (la cómoda, la de no participar en la lucha) perjudican a la clase trabajadora. Y no son aquellos que aportan a las luchas populares desde las calles y combatiendo a los traidores. También se alude a que nuestros métodos no son pacíficos. No es cierto. La diferencia radica en que nosotros no creemos que un escritorio sea el campo de acción para participar de un proceso revolucionario. Levantamos las banderas de la compañera Evita, que nos decía que la lucha se gana en la calle”.

La última referencia (“...nosotros no creemos que un escritorio sea el campo de acción...”) expresaba, además, una postura diferente en torno al vínculo con el gobierno local del peronista Humberto De Lucía, quien había llegado a la Intendencia como consecuencia del resultado electoral de marzo de 1973. Mientras la Juventud Peronista Luján sumó militantes a la estructura del nuevo gobierno, la JPC reivindicaba su apuesta barrial y fabril. En consecuencia, se definía como una organización cuya principal tarea era “la de adoptar formas organizativas desde los barrios y fábricas, para el logro de la reconstrucción nacional y la defensa del triunfo hacia la toma del poder”. Con ese propósito, “utilizamos un método de participación y movilización continua desde las bases”.

En coincidencia con la incorporación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) a Montoneros, el ala combativa de la Juventud Peronista lujanense sufrió una nueva fractura. Así surgió la JP Regional 8, integrada a Montoneros, mientras que otro grupo, en cambio, se desprendió para acercarse a la experiencia que había surgido en la provincia de Córdoba, conocida como Columna Sabino Navarro.

“Cuando FAR y Montoneros se fusionan, empiezan a darse algunos cambios dentro de la estructura de la organización a nivel nacional y los cuadros que conducían en las distintas regionales. Los que estaban en la Juventud Peronista, que venían más de la militancia de base, no estaban tan de acuerdo con la nueva conducción. Hay una cuestión también con el tema de la militarización, porque los cuadros que venían de la FAR tenían un perfil más político-militar. Entonces una línea de la Juventud Peronista Combativa empezó a vincularse más con la Columna Sabino-Navarro, con la idea de darle preeminencia al trabajo político. Casualmente acá en Luján esa división se dio para la misma época, que fue en el 73. Los sabinos quedaron trabajando fuertemente en El Quinto, hasta que el grupo se fue diluyendo. Y la Juventud Peronista Regional 8 tuvo su zona en los barrios Zapiola, Lanusse y Ameghino. Sobre todo la idea era trabajar territorialmente y articular con sectores gremiales”, explica Gómez.

Avanzada la década, quedaron perfiladas dos tendencias. Hacia la derecha del peronismo, la Juventud Peronista de la República Argentina. Y como expresión del ala izquierda, la Juventud Peronista Regional 8, encuadrada en Montoneros. Debe sumarse también a la Juventud

Trabajadora Peronista (JTP), con militantes como Juan Carlos Barroso, Pedro Núñez, Carlos Durán y Alfonso Orellana (los cuatro desaparecidos durante la dictadura).

El pase a la clandestinidad de Montoneros, definido oficialmente en septiembre de 1974, significó una situación compleja para los militantes locales de la JP Regional 8: “Se generó una gran dificultad ya que militaban en una ciudad donde todos los conocían. Tanto la Juventud Peronista como la Juventud Guevarista en Luján desarrollaban un trabajo político de superficie. Por lo tanto, pasar a la clandestinidad era muy complicado. Eso generó una serie de autocríticas hacia adentro de la propia Juventud sobre cómo trabajar esas cuestiones cuando la línea de la organización a nivel nacional era otra. Mantuvieron una actividad de superficie a pesar de la clandestinidad. Muchos se tuvieron que ir a vivir a otros lugares. Para fines de 1975, el trabajo territorial empezó a diluirse porque no había posibilidad de hacerlo, más en una ciudad como Luján. Algunos pocos se exiliaron y otros se refugiaron en otras localidades”, explica Gómez.

LA JUVENTUD GUEVARISTA

Otra expresión política ligada a jóvenes que aspiraban a cambios sociales profundos fue la Juventud Guevarista (JG), rama juvenil del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Gómez analiza que reconstruir la trayectoria de esa experiencia a nivel local resulta más complejo y dificultoso que el caso de la Juventud Peronista, por diferentes motivos. En primer lugar por el hecho de que la JG tuvo una vida breve ya que su

conformación como tal data de 1974. A su vez, prácticamente no existen registros escritos en la prensa lujanense que den cuenta de sus actividades o posicionamientos. El tercer elemento se vincula con las consecuencias que dejó el accionar represivo de la dictadura: la mayoría de sus militantes integran la lista de desaparecidos lujanenses (Rubén Maggio, Graciela Erramuspe, Julio Navarro y Raúl Aguirre, entre otros).

Gómez expone que la Juventud Guevarista “tenía trabajo territorial en El Quinto, pero especialmente en el barrio La Loma”, como parte de una militancia que apuntaba al vínculo con los vecinos y la atención de necesidades cotidianas.

Sin embargo, los principales esfuerzos se destinaban a la difusión de la prensa partidaria. En *30 Años de Lucha y Esperanza* se reseña que “la forma de inserción en dichos barrios (La Loma y

A mediados de 1972, se creó la Federación de Estudiantes de Luján (FEL), un espacio que aglutinaba a diferentes centros estudiantiles. Sus integrantes cuestionaban el sistema educativo vigente y planteaban cambios que acompañaran "el proceso de liberación que vive nuestra república y América".





Julio de 1973, la Juventud Peronista de Luján apoya la candidatura de Perón.

El Quinto) se daba a partir del trabajo para y con los vecinos, así como también a partir de la venta de las dos revistas del partido: *El Combatiente* y *Estrella Roja*. Se cita, al respecto, el testimonio de Arturo Laguado, uno de los militantes de la JG: “Estaban todos los simpatizantes, que llamábamos, que nos compraban ‘*El Combatiente*’ y ‘*Estrella Roja*’, que eran los dos periódicos que se vendían (...) Se repartían mucho, fácilmente en Luján repartíamos 100 ‘Combas’”.

Juventud y cultura

Entre fines de la década del 60 y principios del 70, Luján fue sede de varias propuestas culturales protagonizadas por jóvenes de distintas procedencias.

En la publicación *La Persistencia de la Memoria* (UNLu-Municipalidad de Luján) se enumeran y reseñan algunas de ellas. Tal fue el caso del Cine Club 2001, que nació en agosto de 1969: “Más tempranamente sus integrantes percibieron las modificaciones que se estaban dando en el cine, el cual ya no se limitaba solamente a la producción de films comerciales o de entretenimiento (...) El objetivo central era la presentación de un cine alternativo al comercial”.

Con un inicio caracterizado por una intensa actividad, las inquietudes políticas vehiculizadas a través del cine formaron parte de sus proyecciones, con películas como *Operación Masacre*. Según la reseña, “los jóvenes que lo conformaron creían que el cine despertaba conciencias y es por ello que desde un ámbito cultural manifestaron su compromiso con el cambio social”.

Otro espacio fue la Escuela de Arte, fundada en junio de 1974. El establecimiento “se caracterizó por ser una escuela diferente”, a partir de un ámbito de libertad compartido por docentes y estudiantes. En la publicación se cita el testimonio de Graciela Erramuspe (luego desaparecida por la dictadura) difundido por la revista dominguera del diario Clarín: “Yo entré con mucho miedo porque pensé que era una escuela igual que las otras. Pero nada

que ver. No existe ese clima frío, rígido de otros lugares. No hay ni siquiera un escritorio que separa a los alumnos de los profesores. Por eso el trato se vuelve tan cálido como para que podamos tutearlos con toda naturalidad”.

Como se advierte, entre los estudiantes se contabilizaban jóvenes con militancia política, al igual que muchos de sus docentes, tal el caso de Carlos Fernández, quien contaba para ese entonces con 23 años.

“La escuela fue objeto de un severo control por parte de las autoridades. El clima de libertad y comunicación que había caracterizado a los años anteriores dejó de existir. Muchos docentes abandonaron sus cargos e incluso uno de ellos, Carlos Fernández, fue secuestrado y desaparecido. También algunos alumnos sufrieron persecuciones e incluso secuestros y muchos de los que militaban en las agrupaciones de juventudes políticas fueron desaparecidos”, se plantea en la publicación en referencia a lo ocurrido a partir del 24 de marzo de 1976.

“En los años '60, a nivel mundial, se observa la emergencia de los jóvenes como un actor social. Solemos centrar nuestra mirada en la militancia política, pero también encontramos a los jóvenes en otros espacios, por ejemplo, espacios culturales. Hay un surgimiento del joven como actor social”, explicó Analía Gómez, docente de la Universidad Nacional de Luján.

LA CASA DE DARDO

Un punto de encuentro en aquellos años era la casa de Dardo Dorronzoro, en el barrio La Loma de entonces, hoy Champagnat. Allí confluían artistas y jóvenes militantes y encontraban el ambiente propicio para el debate de ideas.

“Su casa tenía una sencillez extrema, y las amplias ventanas la hacían muy luminosa. Su oficio de herrero se hacía evidente en todos los rincones, y los muros de madera aglomerada desaparecían ante los interminables estantes atiborrados de libros. Para un lector ávido era como entrar al jardín de la abundancia, había todo lo imaginable: los clásicos, Marx, Engels, el mamotreto de las obras completas de Lenin, toda la poesía latinoamericana –Vallejo, Neruda, Tuñón– Roberto Arlt, novelas de Víctor Hugo, escritores rusos y todo lo contemporáneo; libros que no he vuelto a ver en mi vida, como Fe de erratas de la Biblia de Walbas, un manual imprescindible para leer los evangelios”.

La exquisita descripción se encuentra en el largo epílogo que Osvaldo Caldú, amigo de Dardo Dorronzoro, escribió para la reedición de *Viernes 25*, una de las obras del herrero y poeta desaparecido de Luján.

Entrar a hurtadillas en la que fue la casa de Dardo, a través de los recuerdos o el texto *Viernes 25*, es un viaje alucinante. Es un modo directo de entender su poesía, su militancia, su compromiso. Cuenta Caldú que Dardo solo cursó hasta segundo año de Primaria, “pero cuando recomendaba o comentaba un libro se notaba que los había leído y que con ellos se había formado como un intelectual autodidacta”.

El recuerdo es muy concreto: “Con un Particular sin filtro en la mano tipeaba en su vieja Olivetti o leía por horas recargándose de costado en el sillón de su escritorio, en su posición preferida, con una alpargata sobre el asiento de la silla, alejándose del texto, buscando la luz de la ventana; nunca usó lentes. Y un ejército de gatos cómplices compartía el espacio, entrando y saliendo a sus anchas por los boquetes abiertos en las puertas para ese fin”.

Otro detalle expone la característica de la vivienda de Dardo. “La puerta principal sin cerradura tenía una moldura secreta que Dardo había diseñado para que los amigos entraran sin llamar a este espacio público que era su casa”, escribe Caldú.

Cuenta su amigo, hoy radicado en México, que “Dardo era la austeridad franciscana, comía nueces, miel, un asado de vez en cuando. Tomaba mate todo el día y no tenía un mango, compraba ropa usada. Con él encontré la formación ideológica y la sensibilidad, porque era un poeta de una sensibilidad increíble, con un sentido popular y social”.

“Fue como un padre para mí, me crié en su casa ya que mi papá murió cuando tenía 17 años”. Esa descripción, desordenada, nacida más del corazón



que desde la frialdad biográfica, se la dio a este medio Osvaldo Caldú, en su paso por Luján para construir desde los cimientos el monolito y escultura que recuerdan a su amigo, hoy levantados en la rotonda de Gogna y Fray Manuel de Torres.

Caldú, movilizado por el recuerdo, aporta trazos al perfil de Dardo: “Él recibía a todos los lumpenes sociales. Entonces le hacía la prueba laboral. Le pedía que le echaran el aliento, y si tenían aliento alcohólico les decía que se echaran a dormir y que les pagaba mediodía. Si no, que se pusieran a trabajar”.

A las juntadas para la reflexión política en ese hogar le daban forma dos generaciones: los mayores y los más chicos. En la primera estaban “Buffa, Hilda (Vergara), Isidoro González, Pascarelli”, recuerda Caldú.

Esta persona que dice estar viva “por un azar macabro”, trabajó codo a codo con Dardo en su casa. “Trabajar con él era distinto a todo, porque a las siete de la mañana se ponía el mate y entraba a caer gente. Aparecían escritores, cineastas. Era conversar y trabajar. Dardo trabajaba a la mañana, cuatro o cinco horas, en la fragua. Hacíamos cosas para vender y a la tarde trabajábamos gratis para el vecindario arreglando bicicletas, veladores”.

Todos lo recuerdan como un tipo totalmente desapegado a los bienes materiales. Y una anécdota ayuda en esa descripción: “Una gringa de mucha guita nos llevó una araña italiana y quería que le hagamos otra igual. Cuando llegó el momento de cobrarle, Dardo me dijo que se la cobrara yo. Entonces le pregunté cuánto le cobraba. Me preguntó cuál era el salario más bajo del país. Al decirle que eso era muy poco, Dardo me contestó: ‘el día que ganemos más que el más jodido de este país, vamos a empezar a engordar. Y la primera grasa va al cerebro’”.

En marzo de 1976, días antes del golpe de Estado, la vivienda de Dardo fue violentada de modo ilegal. El comando paramilitar Jordán Bruno Genta ingresó a la casa. Provocó destrozos, estampó inscripciones en las paredes y secuestró al poeta, quien permaneció en esa condición durante varios días hasta ser liberado. Ya en dictadura, meses después, mediante un procedimiento similar se concretó la segunda y definitiva desaparición.